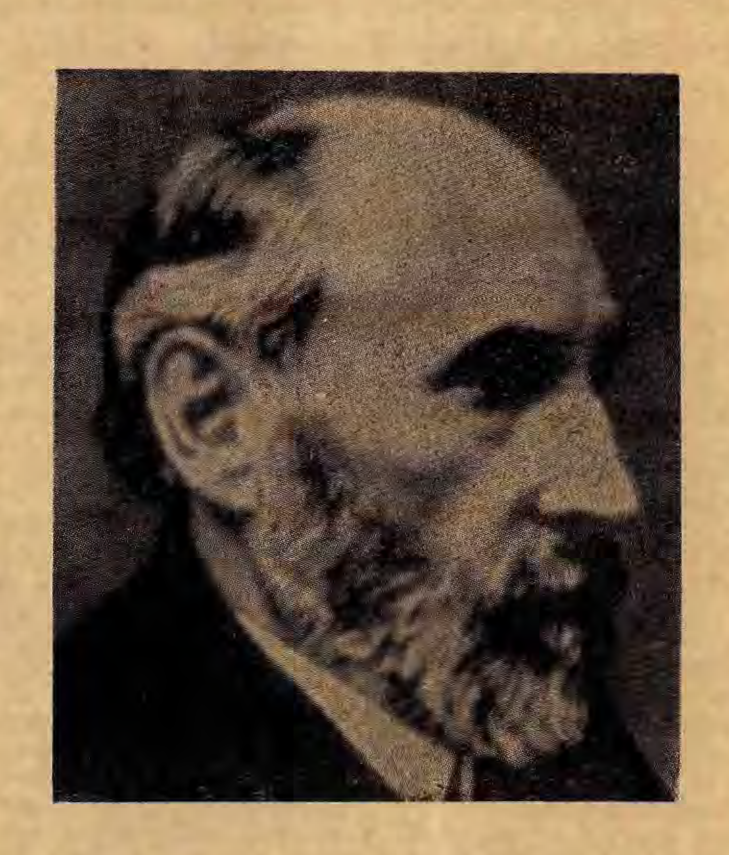
# ROSA-CRUZ DE ORO



## SANTIAGO RAMON Y CAJAL

1852 - 1934

FRATERNIDAD ROSA-CRUZ ANTIGUA

REVISTA DE LA CIENCIA ROSA - CRUZ

ORGANO DEL CENTRO ROSA - CRUZ DE BOGOTA - COLOMBIA

DIRECTOR: ISRAEL ROJAS R. — APARTADO NACIONAL 1416

AÑO XXIV — MARZO DE 1971 — Nº. 84

# SANTIAGO RAMON Y CAJAL

Ramón y Cajal nació en una aldea de Navarra, Petilla de Aragón, España, en 1.852 y desencarnó en Madrid en el año de 1.934.

A la memoria de aquel sabio ilustre, dedicamos esta entrega de la Revista Rosa-Cruz, la que se honra haciendo revivir la personalidad extraordinaria de ese sabio insigne, que fue Ramón y Cajal.

Ramón y Cajal fue, es, y ha sido gloria de España y luz del mundo. Como todo Ego de bien definida evolución, Ramón y Cajal se dedicó a estudiar con minuciosidad y detalle el aspecto científico, conocido como histología o morfología estructural de los tejidos, y en esa maravillosa investigación, superó a todos los hombres de su época y logró por tal razón, cien títulos de las más importantes universidades del mundo y doscientas condecoraciones.

Fué Cajal académico de la Real de La Lengua, de la Real de Medicina, de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; de la Sociedad Española de Historia Natural, socio de Mérito del Ateneo de Madrid, del Colegio de Médicos de Madrid, de la Academia Médicoquirúrgica Española; senador vitalicio; consejero de Instrucción Pública; gran cruz de Alfonso XII; Comendador de la Legión de Honor; hijo ilustre y predilecto de Zaragoza y de Madrid; Premio Nóbel; doctor honoris causa por las universidades de Cambridge, Wurzburgo, Guatemala, Viena, Filadelfia, París, Santiago de Chile, Munich, Coimbra, Méjico, Cádiz, Valladolid, Turín, Nueva York.

Fué Cajal miembro honorario de la Sociedad berlinesa Phsychiatrie und Nerverkrankeiten, de la Philosophical Society, de Filadelfia; del Reale Instituto Lombardo de Science e Lettere, de The American Neurological Association, de The Neurological Society, de Filadelfia; de la Coninbricensis Institut Societas, de Coimbra; de la Royal Irish Academy, de Dublín; de la Academia Scientiarum Ulisiponensis, de la Socie-

dad de Neurología, de Kazan (Rusia); de la Academia Regia Scientiarum Neerlandica, de la Academia Regia Scientiarum Suecia.

No solamente fue Cajal sabio insigne, sino que a diferencia de aquellos hombres que en el curso de la historia han dedicado su atención al mundo del saber profundo, Cajal no perdió su contacto anímico con el mundo profano y así alternaba en la "barra" con sus amigos comunes, con los cuales solía exteriorizar ingenio extraordinario, en las charlas de café. En una ocasión comentaron que era algo inaudito pensar que aún hubiera gentes que aceptaran la existencia del anillo de Giges, joya que según la mítica leyenda, poseía la cualidad de hacer invisibles a los hombres. Ramón y Cajal sin sonreír siquiera, sostuvo que él conocía el anillo de Giges, era real, solo que era diferente el del hombre y el de la mujer: el hombre poseía el anillo de Giges, cuando era pobre, porque en tales condiciones nadie quería verlo; y la mujer lucía el anillo de Giges, cuando era vieja y fea, porque nadie quería verla, y todos quedaron asombrados del ingenio del ilustre sabio.

Ramón Cajal estudió cuidadosamente la morfología y conexiones del sistema nervioso cerebro espinal, los tejidos de la protuberancia anular y de su cúspide, porque de esa zona dependen las ramificaciones nerviosas constituyentes del cerebelo y del cerebro, y de ahí su importancia sin igual.

Ramón y Cajal descubrió que el cerebro no está constituído de filamentos nerviosos, sino de neuronas y que cada neurona es relativamente independiente de las otras, comunicándose con las otras por radiaciones, produciendo oscilaciones bien marcadas, según que la atención del paciente en el cual se analizan las corrientes, esté dedicada a algún aspecto determinado del saber, o bien a vaguedades y emociones intrascendentes. Al mapa que resulta de estas vibraciones registradas por aparatos sensibles, se le llama hoy encefalograma.

Ramón y Cajal fue además un gran escritor, ocupándose de temas diversos y culminándolos con gran sentido y trascendencia, por ejemplo, su obra "Cuentos de Vacaciones", son relatos que los escritores suelen decir que son semicientíficos y nosotros afirmamos que son categóricamente científicos en el sentido exacto del término, porque cada uno de ellos plantea un problema humano y le da efectiva solución. En el cuento "El Fabricante de Honradez" Ramón y Cajal se muestra tan sabio o más que Freud, porque categoriza la influencia definitiva que la "Psyche" (alma) ejerce sobre el "Soma" (Cuerpo), es decir, que el alma domina el cuerpo en forma rigurosa, sin que la humanidad se haya dado cuenta de semejante maravilla; quien lea en la obra "Cuentos de Vacaciones" de Cajal,

"El Fabricante de Honrradez" quedará verdaderamente maravillado de la profundidad de Ramón y Cajal, como psicólogo.

Las ramas de la ciencia relacionadas con la biología experimental, como son la histología y la citología fueron maravillosos canales por los cuales transitó Cajal, exteriorizando conocimientos que los grandes hombres del saber, desconocían hasta entonces.

Las obras de Ramón y Cajal deben servir de acicate e inspiración a las juventudes en curso, que se preocupan por los más elevados aspectos de la medicina, para poder servir con mayor eficacia al bienestar de la humanidad.

---

# HOY NO ME DIVORCIARIA

**Autora anónima**

Si el caso llegara a presentarse de nuevo, no me divorciaría. ¡Cuántas no habrá que, como yo, quisieran que el divorcio no se hubiese inventado nunca! Por supuesto, pocas serán las que lo confiesen. A nadie le gusta convenir, ni ante los demás ni ante sí misma, en que ha fracasado. Y el divorcio es eso: un fracaso.

Por mi parte, lo reconozco así, al escribir estas líneas: aunque siga aparentando, hasta en presencia de mis amigas más íntimas, una indiferencia dichosa que en realidad no siento; que lo único que prueba es que he sabido disimular una pena indecible.

De esto hace diez años. Contaba yo entonces treinta; mi hijo había cumplido los ocho, mi marido tenía cuarenta. Me había casado, enamorada de él, a los veinte. Cuando pasaron los arrebatos del amor y sobrevino aquel afecto apacible y tolerante que es la madurez del matrimonio, no por eso desapareció mucho el encanto de los primeros días. A ambos nos agradaban las mismas cosas; ambos eramos muy consagrados a nuestro hijo. Y como a Jim, mi marido, le iba bien en su profesión, vivíamos holgadamente.

La razón principal que me decidió a divorciarme fue esta: "debo ser libre, a fin de que mi hijo crezca en un ambiente sano". Ahora caigo en que la afición de Jim a la bebida, no era motivo suficiente para que yo privara a mi hijo de la sombra de su padre; ahora veo que para un matrimonio con hijos, el divorcio resulta no solo desventajoso, sino inconducente. No porque se hayan divorciado dejará de existir el ser que ha de seguir recordándoles que son padres. Ante este hecho evidente: ¿no será presunción excesiva que uno de los esposos decida, por sí y ante sí, que el otro no le hace falta al hijo?

Cómo puedo yo estar tan segura de que sabría ser padre y madre a la vez para mi hijo, es cosa que no me explico. ¿Quién me respondía de que su carácter no fuese de los que piden la mano de un padre? De haber seguido casada, el niño habría contado con un amparo que yo sola no alcanzaba a darle, esto no más hubiera compensado de sobra los inconvenientes a que me exponía al seguir sobrellevando la debilidad de mi marido.

Hace muy poco fuí al club campestre a buscar a mi hijo, que había ido a pasar al lado de su padre las "veinticuatro horas mensuales" que establece la ley. Cuando llegué estaban descansando de una partida de tenis. El muchacho, después de haberle ofrecido al padre un fósforo para que encendiera su pipa, encendía su propio cigarrillo. Bien se notaba que existía entre los dos un compañerismo, no por pasajero menos evidente. Me sentí como una secuestradora; me pareció que, al llevarme a mi hijo, rompería uno de los vínculos más naturales que hay en el mundo.

Por grandes que hubieran sido las provocaciones o la desesperación que la llevaron a divorciarse, no habrá esposa que escape a la punzante tristeza de momentos como ese. El convencionalismo social pide que aceptemos con valor, real o aparente, la prueba; que ocultemos bajo una sonrisa, nuestra amargura. Pero, ¿Cuál es la verdad? Ninguna de mis amigas habrá sospechado siquiera que, durante la tramitación del divorcio, cuando mi marido se hallaba en Europa, iba yo con frecuencia a la casa que había sido nuestra. Solo quedaban en ella la ropa y los efectos de Jim. ¡Qué melancolía daba ver el cuarto del niño y mi propio cuarto ya vacíos! Mal concordaban esas peregrinaciones mías, y las muchas veces que, durante ellas, abrí el armario en que estaba colgada la ropa de mi marido y lloré con la cabeza apoyada contra uno de sus trajes, sí, mal concordaba todo esto con la indiferencia que fingía yo ante el mundo.

Si aquellas lágrimas hubieran sido solo efecto de una emoción momentánea; si del divorcio nos hubieran resultado a mi marido o a mí algunos de esos bienes que dizque traería consigo la libertad, menos mal; los padecimientos de aquella época hubieran podido darse por bien sufridos. Pero la soledad que sigue el divorcio es tan cruel como prolongada. Los días que los esposos vivieron juntos; el cariño que los dos gozaron juntos en el hijo, echan raíces muy profundas para que se las arranque de un golpe. Cuando es la muerte la que separa, el dolor que sentimos tiene la grandeza de lo inevitable; cuando es el divorcio, somos nosotros mismos los autores de nuestra desdicha.

En ninguna otra ocasión sentirá una madre lo amargo y desconsolado de esa viudez buscada, como cuando haya de tratar con los abogados de asuntos relativos al bienestar y al porvenir de su hijo. Por prudente, por lleno de tacto, por conciliador que se muestre el abogado, no es a él, después de todo, es al padre del niño a quien le correspondería ser el confidente de las esperanzas y dudas y los temores que siente una madre al pensar en el hijo cuya suerte solo a ambos, ella y el padre, puede interesarles más que nada en la vida.

En la época de vacaciones, cuando voy a la estación a esperar el tren en que llega "nuestro" hijo, siento un vacío que ni aún la misma alegría de la llegada consigue llenar. Me hace una falta inmensa compartir con alguien el gozo que experimento al abrazar al muchacho, el orgullo que me causa verlo tan crecido, la satisfacción con que echo de ver, por lo que conversa, que va haciéndose ya un hombrecito. Noto, por otra parte, que él, por contento que esté de hallarse de nuevo a mi lado, echa menos algo. Cuando le digo: "vamos a telefonearle a tu padre para que sepa que has llegado bien", es como si pasara entre los dos una ráfaga helada; porque esto nos recuerda, con cruel vivacidad, al ausente.

Según lo veo yo ahora, no hay falta que merezca un castigo como éste; ninguna de cuantas pueden cometerse justifica que se condene al hijo a crecer privado del calor de uno de los seres a los cuales debe la vida. Convengo en que haya casos en que el divorcio, como la cirugía, deba cortar por lo sano. Pero sé también, cosa ésta que ignoraba hace diez años, que el divorcio, como la cirugía, es recurso doloroso, incierto en sus resultados, al cual ha de apelarse sólo en último extremo.

Cuál sea éste, no acertaría a decirlo yo. Suponiendo que me viera de nuevo en el caso de decidir si debía divorciarme, con tal que el hombre con quien me hallara casada tuviese algunas de esas cualidades que son la esencia de las que la religión y la vida civilizada han ido dándole al ser humano; con tal que se mostrara medianamente dispuesto a vivir y dejar vivir: no me divorciaría.

Si me diera que sentir con otras, trataría de resignarme, y aún de pensar que eso le proporcionaba un poco de felicidad; si se mostrara a veces duro o desatento, procuraría averiguar la causa de ello; si no viera por mí, me diría que lo probable sería que no lo remediara con divorciarme, trataría de de ganar el pan para mi hijo y para mí, como, después de todo, habría de hacerlo una vez divorciada; si bebiera más de lo justo, haría lo posible porque se sometiera a un tratamiento médico; en todos los casos, me esforzaría porque hallara en mí uno de esos cariños que agradan, pero no importunan.

Creo que esto daría resultado. El hombre muestra invariablemente un deseo casi patético de hacer que dure el matrimonio; siendo por naturaleza enemigo de cambios, el divorcio y sus consecuencias le parecen inaceptables. Más claramente que a la mujer se le alcanza al hombre cuán falsa es la ilusión que considera la vida de casados como un sendero de rosas.

Repasando mis diez años de matrimonio y mis diez de divorcio, echo de ver que muchas de las cosas por las cuales culpé a mi marido fueron en realidad culpa mía, de mi falta de experiencia para conformarme con las realidades ingratas de la vida.

Sorprende la facilidad con que le achacamos al matrimonio el descontento o la infelicidad que nacen de nosotros mismos; y sorprende más todavía la propensión que hay a echarle la culpa de todo al marido. Esto no obstante, la divorciada reconoce, allá en lo íntimo de su conciencia, que ha fracasado.

Hoy en día el matrimonio, es para mí la más civilizada de las instituciones; considero que pide en quienes lo contraen empeño constante por entender y compartir los sueños, las esperanzas, los anhelos, las alegrías y los pesares de otro ser humano. Cercana como me hallo al inevitable otoño de la vida, sé muy bien que, si pudiera desandar el camino, al llegar al punto en que ahora me encuentro, no estaría divorciada, aun cuando el hombre que me hubiera tocado no fuese el mejor.

Habríamos tratado de entendernos; tal vez lo habríamos conseguido. Esperaríamos juntos el tren en que llegara nuestro hijo. Juntos haríamos cuanto estuviese a nuestro alcance por la felicidad de ese hijo, de cuyo porvenir somos responsables nosotros, sus padres. Juntos le daríamos la satisfacción, que ahora no tiene, de vernos unidos. Al vivir juntos, no lo habríamos privado de lo que un niño, cuando le falta, echa menos con tanta tristeza: el calor del hogar.

---

# LA CEBOLLA (ALIUM CEPA)

La cebolla es una preciosa hortaliza que la humanidad usa únicamente como condimento, sin saber las maravillosas cualidades medicinales que encierra.

La cebolla fue considerada sagrada por los kaldeos, persas, egipcios y griegos.

Hoy se sabe por las tradiciones, que los hombres que construyeron las pirámides del viejo Egipto, fueron alimentados especialmente con cebolla, cebada y ajo, hortalizas para mantenerlos sanos y fuertes y la cebada para proporcionarles las proteínas indispensables para su renovación vital.

Las cualidades de la cebolla son múltiples, en primer lugar es un precioso desinfectante corporal.

En segundo lugar, siendo la cebolla poseedora de fierro y fósforo, regenera la sangre y da potencia al cerebro; por tal razón los intelectuales y los anémicos deben consumirla en cantidad.

Cuatro o cinco bulbos de cebolla roja cortados y puestos en maceración en un vaso, cubiertos con agua y tomada esta agua en ayunas, limpia el intestino de toda clase de gusanos y amibas. Por tal razón las gentes que residen en climas medios y calientes, deben saber esto con toda precisión y utilizar el plan para su bienestar general.

La cebolla aplicada externamente sobre inflamaciones e irritaciones, deriva las sustancias morbosas, purifica y cura.

La cebolla machacada y aplicada como emplasto en la planta de los pies a los afectados de tifo, los cura radicalmente; solo que, los que cuidan al paciente, deben estar atentos a suprimir los emplastos de cebolla cruda machacada, al notar que la temperatura se ha normalizado, porque si después de normalizada se deja la plantilla, el paciente se enfría demasiado.

Comiendo buena cantidad de cebolla y tomando encima regular cantidad de leche, se regenera el organismo.

La cebolla comida en abundancia, es altamente favorable a los pacientes que sufren de cáncer, y mejor aún si en sus ensaladas agregan ajos crudos.

La cebolla usada en proporción regular, es una verdadera panacea o fuente de bienestar.

La irritación de las amígdalas se cura radicalmente comiendo buena cantidad de cebolla.

Las irritaciones bronquiales de cualquier orden, se curan tomando leche caliente en que se haya cocinado cebolla.

Es singular saber que el bulbo de la cebolla está compuesto de capas o estratos, como lo es la estructura del planeta en que residimos.

La cebolla debiera convertirse en la hortaliza indispensable en la nutrición general de la humanidad.

El pequeño libro titulado "Mis observaciones clínicas sobre el Ajo, Limón y Cebolla" por Capo, que se está vendiendo en el comercio desde hace más de 40 años, ilustra generosamente sobre las virtudes de los mencionados elementos especialmente de la cebolla.

# VIDA COSMICA

**Oscar Ponce de León**

Soy la canción dulcísima del viento
y el bofetón soberbio del oleaje,
el alma misteriosa del paisaje
y el estéril camino polvoriento . . .

Soy la nube que cruza el firmamento,
el río que murmura entre el boscaje,
y soy también el prodigioso encaje
que en su rueca va hilando el pensamiento . . .

Soy uno con el Cosmos! Siento en mi alma,
en los momentos de inefable calma,
todo el hondo latir del Universo . . .

Y, vibrando de amor y poesía,
yo interpreto la cósmica Armonía,
en el ritmo encantado de mi Verso! . . .

---

Axioma Esotérico:

Sólo aquellos que siembran, saben escuchar la música que cantan las espigas a la hora de la siega.

---

# EL YO

**Por Luis López de Mesa**

**"Adquirir técnica para vivir mejor, y vivir mejor para pensar, para desarrollar nuestra conciencia, para ensanchar los ideales del espíritu".**

¿Podemos hoy día reposar nuestro espíritu en la certidumbre cartesiana? ¿En verdad de verdad, existe aquella certidumbre? ¡Vamos!, yo no lo sé con ese valor categoremático. Porque si hay algo inasequible, "inasible", diré mejor, aunque menos académicamente, es el Yo. Cuando quiera lo pensemos se nos escapa del pensamiento como un reflejo de luz, como espejismo, como la sombra de un sueño. La intuición inmediata del Yo nadie la tuvo, ni la tiene nadie, cualesquiera sean los decires y vanaglorias de la literatura y la filosofía, de los anhelos y el orgullo del hombre.

Así como la vista y el oído no perciben ondas luminosas o sonoras sino dentro de cierta escala de intensidad y de frecuencia, más arriba y más abajo de la cual actúan inadvertidamente para nosotros, la conciencia del hombre solo capta los fenómenos propioceptivos o alteroceptivos, es decir, los fenómenos que concurren en nuestro propio ser o fuera del ser en el mundo ambiente, dentro de un campo extraordinariamente restringido. En momentos de profunda introspección o de intensa contemplación de la naturaleza surgen de pronto visiones intelectuales, o aperciones, de hondura abismal y portentosa emoción, que son a la manera de ventanas que se abren al espíritu por un instante fugaz, y en ese instante lo comunican con la infinitud abscóndita del Ser. De cara al cenit inmenso, recostado en alguna pradera solitaria, en esa hora meridiana en que el sol y tierra enmudecen arrobados de luz, puede concebirse esa como disolución cósmica del alma, beatífica, por cierto. Vagando a la rubia luz del amanecer por entre el silencio de los altos bosques de nuestras selvas tropicales, el crujido de una rama, el remoto murmullo de una fuente o el canto de una avecilla oculta en el follaje, parecen resonar en nosotros como timbre del misterio que llega a visitarnos fraternalmente y fraternalmente nos conduce a reinos incógnitos de otra vida, ensoñadora, dominadora y muda. También así, y por modo más aprisionante aún, en altas horas de la noche, cuando solos y de pies sobre la proa de una nave que cruza alígera entre el silencio del mar y el cósmico silencio de los espacios siderales, por ficción de la mente disipamos el barco que nos sostiene y seguimos como volando solos entre esas dos infinitudes, el Yo advierte un no sé qué de eternidad en que se envuelve y se confunde, de emoción asustadoramente divina.

El hombre religioso, y el primitivo, sin duda, deben de experimentar ante los objetos de su fe, ídolo material o imagen milagrosa, estados efusivos de conciencia con emociones extrañas a nosotros, envidiablemente conmovedoras y profundas. Aún hoy día, en determinadas condiciones de sombra y escondite, la vista de esos ocultos amuletos que en la selva sirven a algunos campesinos para ritos mágicos de protección o de dominación, produce no sé qué crispatura de misterio, que enlaza el Yo con las raíces subterráneas del enigma, como si le entreabriesen los resquicios de luz hacia los arcanos de un reino de fatalidad, poderoso y mudo.

Muchas veces he observado y tratado de discernir lo mejor posible esos raptos de angustia de los melancólicos, que con algo así como dilaceración de entrañas, les retuercen el Yo hacia las desolaciones íntimas de su pobre ser, con una con-

ciencia torturante, sin duda, pero terriblemente viva. Y otras veces también he intentado explicarme aquel éxtasis de amor romántico, otro tiempo muy común entre los hombres, ahora infortunadamente raro y esquivo, con el cual la conciencia humana advertía idealizaciones del ser amado y sublimaciones del anhelo que no tienen par, ni siquiera símil, en el mundo de nuestras emociones de calcomanía, adjetivas al alma, y no consubstanciales de ella, triviales por lo mismo y estériles para toda creación de sentimientos entrañados y sutiles.

Sin embargo . . . dichos estados de intensificación del Yo giran por el orbe de la emotividad y no del entendimiento, son más conmoción que iluminación psíquica, y no sé, ni puedo presuponerlo, que ayuden a los felices poseedores de tales virtudes a conocerse a sí mismos mejor de lo que nosotros, humildes mortales del rebaño anónimo, podemos comprendernos.

La emoción que los distingue y casi sola constituye, no es en puridad de verdad sincategoremática o unívoca, antes varía y diferente. Aprovechando las comparaciones antedichas, vemos cómo en el silencio de la noche y de los mares, el Yo contemplativo se siente flotar en piélagos de eternidad y de infinito, cual pequeñez consciente que, diminuta y sola, "vagará" como un punto animado, un solo punto animado, un solo punto móvil, en esa quieta inmensidad sin puerto. En la selva virgen, en que el viento, un ave o el arroyo fugitivo de la espesura revelan o relievan el silencio, reverberante de sol cenital y confines azules del horizonte, el alma se diluye, se va con el viento y los aromas, se sume en la atmósfera con panteística delicuescencia, y gratamente, embriagadoramente, se "disuelve" en ese mundo de luz. En el arrobamiento del amor romántico muy otra cosa acontece, porque ya la intensidad del sentir, la intensificación del Yo, emana de que la imagen del ser amado, nimbada de afectos y de lumbre, sublimada y etérea, "invade" el espíritu, todo el mundo le tiñe de sí misma, y a él lo inunda de plácidos fervores y, subyugado, lo oprime y lo ensancha a la vez . . . Emociones de evasión o de invasión, de dilución del ser o de cautividad, diversas surgen, seguramente, mas todas ellas reposan allá en el fondo de nuestra psique sobre algún juicio previo que les da el rumbo afectivo que toman, y mucha parte, la mejor parte quizás, de su potencia intuitiva.

Por modo diverso, pero discursivamente comparable, nuestro Yo se nos revela de tamaños muy diferentes según funciones que cumple. He ensayado demostrar que las dimensiones

morales y las que aparecen ante su propia conciencia varían con el mayor o menor campo de acción ejecutada. Sería un error ingenuo el considerar o conceptuar que ese Yo termina en la epidermis que somáticamente lo circunscribe. El Yo de un automovilista se extiende hasta las ruedas y el motor; el de un capitán de buque va de proa a popa y se vincula al mar que hiende la quilla de su nave; el mandatario de un pueblo siente ese su Yo cordial y moralmente dilatarse por la nación entera, y el pontífice de una religión ecuménica abarca en su corazón el mundo.

Mas este no es el Yo de la autognosia, el yo de la propia conciencia intelectiva. Es el Yo funcional, moral y responsable, social por tanto.

Visto desde dentro, tenemos también que descontar de su dimensión ontológica la engañosa dimensión sensorial suya que nos ofrecen la vista y el oído, que como órganos de comunicación a distancia que son, nos proyectan nuestro ser en el espacio de sus actividades, dándole no sé qué de amplitud, en abanico de luz, principalmente.

El Yo es el puerto de partida y el puerto de regreso de todo el saber humano, el común denominador de la cultura espiritual de la historia. ¡Lo demás, son nimiedades del instinto o bagatelas y nonadas del mundo!

---

# JUVENTUD Y VEJEZ

Uno de los sofismas más extendidos, es la afirmación de que la juventud sea la época más dichosa de la existencia. A medida que crecemos en años, nos sentimos más felices, si hemos sabido vivir inteligentemente. El universo tiene mucho de espectáculo y no nos cobra nada por verlo.

Cuanto mayores sean las preocupaciones y responsabilidades que pesen sobre nosotros, tanto más se enriquecerá y fortalecerá la vida, cuya abundancia se manifiesta solo a quien sube a una torre, o a una montaña para contemplarla.

Decir que la juventud es más dichosa que la madurez, equivale a decir que desde el valle abarcamos una vista más extensa que desde la cumbre. A medida que vamos ascendiendo, se ensancha la perspectiva y retrocede el horizonte para que la mirada alcance cada vez más lejos; hasta que, por fin, llegando a la cima, vemos dilatarse indefinidamente el mundo a nuestros pies.

# "NIÑO PRECOZ" DE LA MUSICA



MONTREAL. - Alfonsito Weshner Portugal, de cuatro años, habla en esta ciudad durante una sesión de preguntas y respuestas a profesores universitarios. El niño, nacido en el Perú, tiene asombrado a los educadores con sus conocimientos de arte y música.

**COLOFON:**

Los mencionados como niños prodigios en determinada línea del saber y del conocimiento, lo son, porque en sus pasadas encarnaciones se esforzaron en superarse dominando la técnica de su conocimiento, como en el caso de Alfonsito Weshner en la técnica musical. En la evolución nada se nos da que no hayamos conquistado.

Quien nada posee es porque no se ha esforzado en ninguna línea definida de la evolución consciente. La Reencarnación, la Evolución y la Ley de Causalidad definen todas las diferencias humanas. El libro "Concepto Rosa Cruz del Cosmos" por Max Heindel, da justa respuesta a todas las inquietudes que se relacionan con el destino del hombre.

---

# LA LEY DE RELATIVIDAD

**Por el Brahmacharin Bodhbhikshu.**

Antes que el profesor Einstein hablara de la Ley de Relatividad y redujera a ecuación los conceptos Materia ,Energía, Luz, Tiempo y Espacio, el Brahmacharin hindú, se refirió a la Ley de Relatividad en una conferencia dictada en Bruselas en el año de 1898.

He ahí lo que nos enseña el Brahmacharin quien hablando filosóficamente dice:

" . . . . Porque estas nociones de "tiempo" y "espacio", pueden ser la causa de verdaderas ilusiones. Reconozcamos, desde luego, que estas dos ideas, no son más que modos de conocer. Las palabras sánscritas dan en seguida la clave de su significado.

Tiempo, "Kala" significa acción de contar.

Espacio, "Deshaha" significa acción de indicar.

Síguese de aquí que, en sánscrito, el tiempo indica la "sucesión" por medio de la cual adquirimos el conocimiento de las cosas, y el espacio designa la "dirección" en que las concebimos.

Como realidad absoluta, ni uno ni otro existen; son modos de nuestra percepción. Entendiendo por tiempo el pasado, el presente y el porvenir o anticipación; es decir, tres aspectos de nuestro conocimiento. Por espacio entiendo esto: aquí, allá, en esta o aquella dirección, y ya veremos más adelante que estas nociones varían según sea el ser que las percibe: lo que para uno es pasado, puede ser presente para otro; lo que para mí es "aquí", puede estar "allá" para vosotros. Fijémonos en el sol, por ejemplo. Si le seguimos en su movimiento aparente, le atribuiréis posiciones distintas en las diversas horas del día, y designaréis por la palabra "allá" las direcciones sucesivas en que le percibía. Pero si estuviéseis en el sol, ese "allá" no se convertiría en "aquí"? Para nosotros la tierra es siempre "aquí", pero acaso no es "allá" para cualquier habitante de otro planeta? Por lo tanto, lo que para uno es "aquí", para otro es "allá". Con el tiempo sucede lo mismo. Si es de noche, decimos que el sol se ha puesto. Lo vimos durante el día, luego dejamos de verlo. Pero los habitantes del sol, lo percibirán como "siempre ahora". Para ellos el sol no será nunca una cosa pasada. Así, el presente, el pasado y el porvenir, como la dirección o posición de un objeto, no son cosas en sí; no son sino modalidades de nuestro conocimiento. En realidad, como ya hemos visto, en el universo no hay más que un Principio único, que se nos presenta bajo diferentes aspectos en el tiempo y en el espacio. Una sencilla figura os lo probará claramente. Tracemos varios círculos concéntricos. El centro representa el Principio o la "ideación Divina". Si un ser se hallara en (0), en el centro, es decir, que si su conciencia estuviera identificada con la Conciencia Divina, entonces percibiría simultáneamente, la imagen del Universo entero; para él no habría ni dirección ni sucesión, ni espacio ni tiempo; todo sería para él "aquí" y "ahora".

Supongamos luego que un ser manifestado se halle en el punto "A" del primer círculo. Desde él verá, en una dirección determinada, una parte del panorama de la Ideación Divina. Si cambia de posición, y se coloca en otro punto, "B", del círculo, lo verá en otra dirección, una parte diferente de la Ideación Divina. Y no solamente el cambio de dirección le producirá la idea de Espacio, sino que tendrá, además, conciencia del tiempo. Verá cómo "después" de haber percibido cierto

conjunto de objetos, percibe "ahora" otros. Así conocerá la Ideación Divina, no simultánea, sino sucesivamente. En otra posición, "C" percibirá una nueva porción del Universo en una nueva dirección, y así siguiendo. Supongamos que con el tiempo recorra toda la circunferencia. ¿Qué habrá visto? El globo central solamente, el panorama de la Idea Divina, que es todo cuanto puede ver en una revolución completa. Pero la Divinidad que ocupa el centro, ve exactamente lo mismo; pero lo ve todo de una vez, sin dirección ni sucesión.

Y esta es la razón por qué la idea que el ser evolutivo percibe como círculo, no es más que un "punto" para el Ser central. El punto y el círculo son idénticos, representan la misma "Idea" percibida en condiciones diferentes. Supongamos ahora que otro ser recorra el segundo círculo, más distante del centro. También él verá el punto central "sucesivamente" en diversas "direcciones". Terminada su revolución, tendrá de igual modo conciencia de lo que está contenido en el globo central. Pero supongamos que este nuevo ser posea una velocidad angular menor que la del primero; entonces habrá necesitado más tiempo para adquirir la percepción completa de la Idea central. Sin embargo, después de todo, el conocimiento de estos dos seres, será siempre el mismo, porque los dos ven idénticos objetos. Y como uno y otro han percibido la misma sucesión de objetos, tendrán la misma noción del tiempo transcurrido, mientras que para nosotros que les observamos, ese tiempo puede ser muy diferente uno de otro. Del mismo modo, un tercer observador, colocado en otro círculo más distante, tardará un tiempo inmenso en verificar su revolución, comparado con el del segundo círculo; y, sin embargo, habrá visto exactamente lo mismo, la Idea Central, pero bajo la forma de un círculo inmenso. Y éste, como los anteriores, es equivalente al punto central. Y así indefinidamente. La órbita infinita y la eternidad para recorrerla, todo viene a ser lo mismo. Lo eterno y lo infinito son idénticos en un punto del espacio y del tiempo. Es decir, que el psicólogo y el matemático tienen que llegar al mismo resultado".

---

# JESUS DE GALILEA

**Por Luis López de Mesa**

Considerado apenas como hombre, Jesús de Galilea es un milagro de la estirpe. Los que pensaron como él, Sócrates v. gr., fueron de alguna manera-humanistas de su hora, en tanto que el Mesías formóse en ambiente humilde, y hubo de llegar a la cumbre del pensamiento y la conducta por mera elación

de su personalidad eximia. Une él, asimismo, a la profundidad de sus sentencias morales, un hechicero dón de poesía, cuya inefable sencillez toca apogeos de intuición desconcertantes. Y no se detiene aquí mi encomio, ni caber podría en tan pocas y leves palabras: un no sé qué de resumen del corazón humano se vislumbra en su personalidad, que no parece sino que él fuese la síntesis arcana y dolorida de la tragedia de los hombres y de su ímpetu proceloso de excelsitud. Más aún, y mejor todavía: hay silencios en la vida de Jesús que parecen una pausa espiritual del cosmos.

# LA DEIDAD

"Cuando hablamos de la Deidad, la identificamos como la Naturaleza, haciéndola, por lo tanto, contemporánea de la misma; nos referimos a la Naturaleza eterna e increada, y no a un agregado de sombras pasajeras e imaginarias ilusiones.

Dejamos para los fabricantes de himnos el considerar al cielo visible o paraíso, como el trono de Dios, y a nuestra tierra de fango, como su escabel.

Nuestra Deidad no se encuentra ni en un paraíso ni en un árbol especial, edificio o montaña; está en todas partes, en cada átomo del Cosmos, tanto visible como invisible, dentro, encima, y alrededor de cada átomo invisible y molécula divisible: porque ELLO, es aquel misterioso poder de la evolución e involución, la potencialidad creadora, omnipresente, omnipotente y hasta omnisciente . . . "

**H. P. Blavatsky**

# Grandes Hombres y la Reencarnación

Adopté la doctrina de la reencarnación a los 26 años. La idea se me presentó después de leer un libro de Orlando Smith. Hasta haberla descubierto, no me sentía satisfecho ni tranquilo. Estaba sin brújula, por decirlo así. Sin saber a dónde iba. Hoy sé que continuamos acumulando experiencia y creciendo.

**Henry Ford**

Sólo por medio de la reencarnación, puedo explicarme el poder y la influencia que esta mujer ejerce sobre mí. Sí, en otro tiempo fuimos marido y mujer.

Me sucede ahora que las cosas me dan, no la impresión de verlas por primera vez, sino que las vuelvo a ver.

**W. Goethe**

Con la doctrina de la reencarnación, ya no podemos decir: "Qué culpa tengo yo de haber nacido en esta época! Esta época tú ayudaste a prepararla en una existencia anterior. Procura que el mundo de mañana sea mejor, más culto, más justo, porque tú has de volver por fuerza a él, y cosecharás lo que hayas sembrado. **Amado Nervo**

---

Cuando yazga en la tumba diré: Terminó mi jornada y no terminé mi vida. Mi vida comenzará de nuevo otro día. Viviré más vidas futuras, continuaré mi obra, escalaré de siglo en siglo las rocas, todos los peligros, todos los amores, todas las pasiones, todas las angustias, y después de miles de ascensiones, liberado, transformado mi espíritu volverá a su fuente fundiéndose en la realidad absoluta, como el rayo de luz vuelve al sol. **Victor Hugo**

---

La reencarnación es la única ley que justifica el por qué de las diferencias entre los seres, haciendo ver la equidad en todos los estados de la humana existencia.

**Raghozini**

---

La muerte no es término para nosotros; en cambio, es el principio de una nueva existencia, cuya suerte depende de lo que hayamos hecho en la anterior. **Walter Scott**

---